

INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA LITERATURA ITALIANA EN LOS PRIMEROS SIGLOS

CUANDO se habla de literatura italiana, no se debe olvidar que surge en aquella misma tierra donde nació y floreció la gloriosa literatura latina, y que la lengua vulgar italiana era siempre la misma lengua latina. Por esto, es notorio que, además de las derivaciones lingüísticas, otras sugerencias debían alejar a la naciente literatura italiana de toda la abundante producción literaria del mundo clásico latino. Mucho y, acaso, demasiado, se ha hablado de una Edad Media oscura e ignorante que, espontáneamente, se había alejado, desdeñándola, de la tradición latina. Este concepto ha quedado hoy completamente vencido y sabemos que la Edad Media ha tomado mucho del mundo clásico, sacando de éste fuerza viva de cultura y de poesía, adaptándolo al nuevo sentido de la Historia.

Por lo tanto, es imposible entender la literatura italiana sin tener en cuenta la cultura latina; y cuando digo literatura italiana no pretendo sólo hablar de aquella parte que tomó el nombre de «*Umanésimo*», precisamente por su amor y sus estudios sobre el clasicismo, sino también de la literatura de los orígenes. Huellas de Roma aparecían en todas partes, en las ideas y en las cosas, y era imposible que los hombres dejaran de respirar en el aire mismo todo lo que de romano todavía subsistía, a pesar de la destrucción bárbarica.

Pero otras influencias, menos espirituales y, por lo tanto, más inmediatas y cercanas, hay que poner de relieve en la literatura italiana de los orígenes: a saber, la influencia de las dos literaturas

de allende los Alpes, la francesa y la provenzal, que ya habían legado a un grado de madurez, cuando aún el italiano daba sus primeros pasos como lengua literaria.

Lógicamente en Italia, cuna de la romanidad, la lengua literaria latina se defendió más tiempo que en otra parte y fué por eso posible que en Francia y en Provenza se formara una literatura ya rica en formas distintas, antes aún de que se usara en Italia el lenguaje vulgar para obras de arte. Claro que, como había pasado en la antigua Roma en relación con Grecia, Italia pronto hizo suyas las adelantadas formas de la literatura francesa y provenzal, ya que por aquel entonces, los intercambios y las relaciones comerciales y políticas entre las dos regiones eran muy estrechas.

Podríamos, pues, decir que la literatura en sus orígenes fué, más que original, una literatura de imitación. Pero no hay que olvidar aquel recuerdo de Roma que no podía menos de dar a los italianos, aunque lejanamente, un sentido más clásico que a los pueblos de allende los Alpes. De este modo, en las obras italianas, aunque fuesen de imitación, se nota un deseo de orden y compostura, un afán por crear formas definidas y orgánicas de poesía. Esta es la causa, a mi entender, de que los esquemas poéticos sean casi todos creación italiana, el primero entre todos, aquella admirable composición de Jacopo da Lentino que con el nombre de «stanzu di ballata», o «strambotto», debía ir después por el mundo con el nombre de «soneto», y vivir aquella gloriosa vida de tantos siglos que, a pesar de todas las tentativas de los modernistas «paroliberi», no consiguen vaya al ocaso. Yo pienso que también por esto, la oscura y caótica poesía de las visiones medievales y la pedantesca monotonía de las estrofas monorrimas de los poemas didácticos y alegóricos se transforman, en el segundo siglo de vida de la literatura italiana, en el inmenso poema dantesco «al quale han posto mano e cielo e terra», en el cual no se sabe a veces, si se debe admirar más las bellezas sembradas en los muchos detalles de los episodios sobresalientes o la abrumadora y compleja estructura verdaderamente clásica del poema.

Otro importantísimo elemento contribuye a formar el carácter de la nueva poesía italiana y también éste proviene de Roma; no

aquella de César y de Augusto, sino de otra Roma, aquella de Pedro, «aquella Roma onde Cristo é romano». No quiero decir con esto que la poesía francesa de aquel tiempo no fuese influenciada por el catolicismo; pero es claro que sobre la literatura que nació más cerca de Roma, la Iglesia debía influir, dándole un sentido de más rigurosa ortodoxia. Por lo que se refiere a la Poesía Provenzal, se sabe que en la Provenza existían potentes núcleos heréticos, y, aunque estas huellas claras de herejía no se puedan siempre reconocer en la poesía provenzal es, sin embargo, indudable que la poesía amatoria provenzal tomó, en la imitación italiana, un nuevo carácter más íntimo y religioso y, de frívola y cortesana, se hizo pensadora y mística, llevando la misión de la mujer hasta los umbrales del Paraíso.

En fin, para completar el cuadro, es preciso recordar que en el fondo de la literatura italiana, hay una corriente escondida de poesía popular, cuyos orígenes y desarrollo son todavía en gran parte ignorados.

Los grandes literatos españoles que han trabajado buscando en la oscuridad de los siglos las huellas de la literatura popular, saben, por propia experiencia, qué difícil es encontrar elementos seguros en este campo. Pero el reflejo de una más popular espontaneidad se puede reconocer en las obras de los mayores poetas, que se visten así alguna vez de mayor alegre lozanía.

Clasicismo, cristianismo, influencias extranjeras y popularidad, son los elementos fundamentales que caracterizan a la literatura italiana; del contraste de ellos nacen obras irregulares, pero potentes. Si prevalece uno de los elementos sobre los demás, resultan obras parciales, pero siempre interesantes; de la unión armoniosa de los cuatro componentes, surgen las obras inmortales que han hecho grande el nombre de Italia en el mundo.

Puede ser que en esta unión se encuentre el primero de los caracteres más especiales y originales de la literatura italiana. Empieza, como decía antes, con la imitación de la poesía francesa y provenzal. En el norte de Italia aparecen, al mismo tiempo, poetas italianos que escriben en lengua provenzal la poesía de amor, y poetas italianos que escriben en un lenguaje que no es francés,

pero tampoco es italiano, los poemas caballescicos que llamaremos «franco-veneti». Y en lengua francesa Marco Polo describe sus viajes en el lejano Oriente, y Brunetto Litini, viajando por España, su «Trésor». Sin embargo, muy pronto aparecen ya obras escritas en lengua vulgar. Si debemos creer lo que Dante dice en el «Vulgari eloquentia», fueron las mujeres las que obligaron a los poetas a escribir en italiano las primeras poesías de amor, ya que no comprendían ni el latín, ni las lenguas extranjeras. Así se formó, en la Sicilia de Federico II, la primera escuela poética italiana, seguramente bajo la influencia provenzal, y donde ya se pueden encontrar elementos que no vienen de Provenza, sino que los poetas los sacan de las canciones anónimas que el pueblo canta. Los dos elementos, el de imitación provenzal y el popular, no siempre viven juntos en armonía poética; así que la poesía siciliana no logra ser una verdadera poesía artística, pero es la base sobre la cual se construye después la más alta poesía de la Toscana, aquella que tomará el nombre de «Dolce stil nuovo». En el mismo tiempo, en la Italia Central, en las verdes tierras de Umbría, país espontáneamente místico, aparece la gran poesía religiosa de San Francisco de Asís. Proviene ésta, también, de las canciones litúrgicas del pueblo, del latín de los «laudes», y encuentra en este glorioso Santo «el más santo de los italianos y el más italiano de los santos», la voz verdadera para llegar a ser, de ruda invocación del pueblo, altísima poesía, verdadera elevación hacia Dios. Esta poesía místico-religiosa se une después a otras dos corrientes de poesía religiosa, más cultas: aquella que, procedente de Francia, dió origen en la Italia del Norte, a los poemas didáctico-alegóricos; y la otra, que, buscando sus fundamentos en la filosofía, imprimió una nueva dirección a la poesía amatoria en la escuela de Bolonia.

Es precisamente en este momento, cuando empieza la dictadura florentina, o por lo menos, toscana, en la literatura italiana. He aquí el segundo elemento original de la literatura italiana, frente a las otras literaturas románicas. En el siglo trece la literatura, como ya he dicho, había viajado de un lugar a otro de la península italiana, buscando el sitio más apto a su mejor des-

arrollo. Todo parecía indicar que Roma, con su antigua gloria literaria y con su nueva gloria cristiana hubiera debido ser el centro de la nueva literatura. Pero precisamente el recuerdo de la latinidad y la nueva fuerza que el latín había tomado, siendo la lengua oficial de la Iglesia, se oponían a hacer de Roma la capital lingüística de Italia. En algún tiempo pareció que tal honor hubiera de corresponder a Italia del Sur, donde el gran Emperador Federico II de Suavia, unía en su persona una gran potencia política y un exquisito gusto artístico. A la caída del reino de los Suavos, el gran sueño desapareció. En seguida Bolonia, la docta, centro universitario, puso su candidatura, pero pronto se vió que Toscana prevalecía. Muchas opiniones han sido puestas en discusión para explicar cómo, de una preponderancia, se pasó a aquella verdadera dictadura de que antes hablé. Claro está que la lengua toscana era muy dulce, que Florencia estaba situada en el centro de Italia, y no tan cerca de Roma, para que sufriera demasiado la influencia de aquélla.

No es verdad, como dijeron los críticos de la democracia, que Toscana viviese en régimen de libertad, porque la política de aquella región no era muy diferente de las demás. Es verdad, sin embargo, que Toscana florecía por industrias y tráficos y gozaba de aquellas condiciones de general bienestar que podían favorecer la prosperidad de las letras y de las Artes. Pero en contra de todas estas opiniones, yo quiero afirmar que, probablemente Toscana habría perdido pronto su primogenitura literaria si no hubiese tenido la suerte de que fuesen toscanos Dante, Petrarca y Boccaccio. Nos encontramos aquí frente al nuevo milagro de nuestra literatura. Después de cortos años de vida de la lengua literaria, después de escasas tentativas, aparecen tres grandes autores, que llenan un siglo y dictan a la Italia futura las reglas fundamentales de la poesía y de la prosa. Si fuese un hombre solo, se podría hablar de un caso excepcional; pero son tres grandes hombres, y el hecho nos podría parecer inexplicable. Mas nosotros no hemos olvidado lo que antes hemos llamado el aire de Roma, el «sapor d'eterno ch'è nella sua cenere». Desde siglos descendía el pensamiento hasta Dante, Petrarca y Boccaccio. De la Roma an-

tigua sacan la clásica fuerza de sus obras. En este sentido, a mi entender, se pueden llamar los tres, precursores del Umanésimo. Y acaso no sea Virgilio, el guía que Dante toma en su viaje del más allá; Virgilio es «il Duca, il Signore e il Maestro». Roma clásica coge de la mano al nuevo ciudadano de Italia y lo lleva; ¡hasta dónde! Hasta la puerta del Paraíso. Más allá no puede. Es preciso un nuevo guía: He aquí Beatriz, he aquí la Iglesia de la nueva Roma católica, que Beatriz personaliza alegóricamente. Así en Dante se aúnan todas las fuerzas vivas de la tradición antigua y nueva y Dante «sovra gli altri com' aquila vola».

Después de Dante, Petrarca pone su sello personal a la poesía amorosa y la encamina por el mundo; y Boccaccio, con su «Comedia humana», crea la prosa italiana narrativa.

Florenzia vence sobre todas. Y merece verdaderamente el saludo triunfal de Ugo Foscolo:

E tu prima, Firenze, udivi il carme
 Che allegró lira al ghibellin fuggiasco (Dante).
 E tu i cari parenti e l'idioma
 Desti a quel dolce di Calliope labbro (Petrarca).
 Che amore in Grecia nudo e nudo in Roma
 D'un velo candidissimo adoenando
 Prendeva in grembo a Venere Celeste.

CARLO CONSIGLIO